

FIEL HASTA LA MUERTE

Durante mucho tiempo, Kumar, un muchachito indio, había rogado a su padre que le permitiera asistir a la escuela de la misión. Finalmente el padre le dijo: “Sí, puedes ir, pero nada tengas que ver con el Dios de los misioneros; debes orar siempre al dios de tu padre”.

Los padres de Kumar, siempre habían adorado a los dioses paganos, y deseaban que su hijo hiciera lo mismo. Pensaron que deseaba ir a la escuela solamente para aprender a leer y escribir. Pero, más que cualquier otra cosa, Kumar quería aprender acerca del Dios que oía las oraciones de los muchachos.

Cuando Kumar pisó el umbral de la puerta de la escuela, preguntó: “¿Pueden recibir un alumno más?” El misionero sonrió, y dijo: “Sí, hijo mío. Aún hay lugar para ti”.

¡Qué feliz se sentía Kumar de estar por fin en la escuela y aprender a leer la Biblia! Eso era lo que más lo alegraba. Muchas veces lo veían mover la cabeza afirmativamente en señal de aprobación mientras leía. Es que realmente creía lo que decía la Biblia.

Muy pronto los maestros empezaron a notar un cambio en Kumar. Ya no era el muchacho sucio que había llegado a la escuela unos meses antes. Ahora su cuerpo y sus ropas estaban siempre limpios. ¡Y cómo le alegraba cantar con los otros muchachos y aprender los versículos de memoria!

Cada noche, cuando Kumar regresaba a su hogar para dormir, llevaba consigo la Biblia que tanto amaba. ¡Cuán cuidadosamente mantenía escondido el Sagrado Libro! Sabía que si su padre lo hallaba, no le permitiría regresar más a la escuela.

Un día, su hermano lo vio leyendo la Biblia y orando. Rápidamente corrió a contárselo a su padre; éste se enojó muchísimo. “¿Qué estás haciendo con ese libro?” le preguntó a Kumar.

Kumar era valiente y, aunque estaba asustado, dijo: “Yo quiero ser cristiano. Estaba orando al Dios del cielo, el cual puede oírme y contestarme”.

Esto era más de lo que su padre podía soportar. Se enojó aún más. “Debes abandonar esas ideas estúpidas —le dijo mientras lo castigaba—. ¿El dios de tu padre no es lo suficientemente bueno para ti?”

Pero el muchacho no podía abandonar sus ideas. Quería ser fiel al Dios del cielo, no importaba lo que ocurriera. Nada de lo que su padre hizo pudo hacerlo cambiar.

Cansado, su padre lo echó del hogar. Kumar corrió a la selva para esconderse. Durante días y días permaneció allí. Por la noche dormía en el suelo con la Biblia debajo de su cabeza como almohada.

Un día, su padre fue a la selva y lo encontró. Lo castigó, y lo castigó, muchas veces. “No quiero verte más —le dijo—. Me olvidaré de que eres mi hijo”.

¡Pobre Kumar! Allí quedó, solo, en la selva. Se debilitó y enfermó. Cuando llamaba pidiendo ayuda, nadie podía oírlo.

Después de varios días, unas personas pasaron cerca y lo encontraron. En seguida lo llevaron al hospital. Los misioneros, al saber la noticia, fueron a verlo. El maestro le preguntó: “¿Estás arrepentido de haberte hecho cristiano?”

Kumar contestó con voz débil: “No, estoy contento de sufrir por Jesús”.

Poco después de esto, Kumar murió; pero no dormirá siempre en su tumba. Pronto Jesús vendrá y le dará la corona de la vida.